

HALLAZGO EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO:  
EL AUTOR DE *JICOTENCAL*

ALEJANDRO GONZÁLEZ ACOSTA

Para los doctores Arturo Souto  
y Luis Mario Schneider,  
con gratitud

En el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, ubicado en el antiguo convento de San Agustín, se conserva el único ejemplar conocido de la novela *Jicotencal*, publicada en Filadelfia por la Imprenta de Guillermo Stavely, en 1826. En la página legal de la edición se lee la noticia que correspondería al moderno "Copyright":

*Eastern District of Pennsylvania*, to wit:/// Seal. BE IT REMEMBERED, that on the eighteenth day of August, in the fifty-first year of the Independence of the United States of America, A. D. 1826, Frederick Hutner, of the said District, hath deposited in this office the Title of a book, the right whereof he claims as Proprietor, in the words following, to wit: ///"JICOTENCAL"/// In conformity to the Act of the congress of the United States, intituled, "An act for the encouragement of learning, by securing the copies of Maps, Charts and books, to the Authors and Proprietors of such copies, during the times therein mentioned" —and also to the act, entitled, "an Act, supplementary to an Act, entitled, 'an act for the encouragement of learning, by securing the copies of maps, charts and books, to the Authors and Proprietors of such copies, during the times therein mentioned', and extending the benefits thereof to the arts designing, engraving, and etching historical and other prints"./// D. CALDWELL,/// Clerk of the Eastern District of Pennsylvania.

Como puede apreciarse, la legislación vigente establecía en ese momento una distinción entre "El Autor" y "El Propietario" de una obra, que no necesariamente tenían que coincidir. Esto abre un paréntesis de duda acerca de la identidad del declarado "propietario" de *Jicotencal*.

La novela *Jicotencal* motiva varios juicios de Antonio Castro Leal en su útil obra *La novela del México colonial*; en primer lugar, la califica de *anónima* y afirma ante la posible paternidad de ella por el declarado Frederick Huttner: "no cabe duda de que la novela fue escrita por un hispanoamericano",<sup>1</sup> no sólo por el tema tratado, de la historia de la conquista americana durante la campaña de Hernán Cortés, que relatan Antonio de Solís y Bartolomé de Las Casas en sus crónicas, sino porque el idioma español es de manera evidente la lengua materna del autor, el sentimiento que palpita en toda la novela es el de un hispanoamericano y además porque nunca un autor como Frederick Huttner (presumiblemente inglés, norteamericano, o alemán en última instancia) podría hablar de manera tan correcta y amplia el castellano, con marcadas influencias francesas.

*Jicotencal* es una novela importante por muchas razones; en la literatura mexicana sólo la anteceden el relato de Carlos de Sigüenza y Góngora *Infortunios de Alonso Ramírez* (México, 1690) y las obras de Joaquín Fernández de Lizardi; pero supera a todas ellas en extensión, estableciéndose como la primera novela de ambiente indígena mexicano: 471 páginas donde se relatan los amores del héroe Xicotencatl "El Joven" y su amada Teutila, en medio de la campaña bélica de Hernán Cortés por tierras tlaxcaltecas y donde intervienen diversos personajes como doña Marina y Diego de Ordaz, entre otros. Es una novela de intención histórica, pero no es sólo eso. Castro Leal, en la misma obra apuntada, señala que es "la primera novela indigenista que aparece en el continente americano";<sup>2</sup> "es la primera novela histórica sobre acontecimientos de la conquista española de América y de principios de la época colonial"<sup>3</sup> y, además, "es anterior a las más antiguas novelas históricas españolas" —debidas a un imitador de Walter Scott y escritas en inglés: *Gómez Arias or the Moors of the Alpujarras* (Londres, 1828) y *The Castilian or the Black Prince in Spain* (Londres, 1829), de Telésforo Trueba y Cosío (1799-1835)—. Por otra parte, aprecia Castro Leal, "la novela *Xicotencatl* tiene esa lentitud y elevación moral que es frecuente en las narraciones del siglo XVIII; por su pensado desarrollo y sus razonados parlamentos no hay duda de que, en cuanto a su técnica, pertenece a ese siglo".<sup>4</sup>

Hay un tono especial en toda la novela que muestra una intención educativa muy dentro de la norma clásica, puesta al servicio de la causa patriótica. Pespicaamente acota Castro Leal que:

<sup>1</sup> Antonio Castro Leal, *La novela del México colonial*. México, Edit. Aguilar, 1972 (4a. ed.), p. 84.

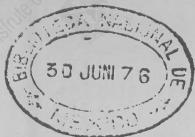
<sup>2</sup> Castro Leal, *op. cit.*, p. 84.

<sup>3</sup> *Id.*

<sup>4</sup> *Id.*

# JICOTENCAL.

**TOMO PRIMERO.**



**FILADELFIA:**

**IMPRESA DE GUILLERMO STAVELY.**

**1826.**

EJ.

14.3.64 3 013068  
12.1.76

*Eastern District of Pennsylvania, to wit:*

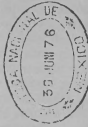


BE IT REMEMBERED, that on the eighteenth day of August, in the fifty-first year of the Independence of the United States of America, A. D. 1808 Frederick Huesner, of the said District, hath deposited in this office the Title of a book, the right whereof he claims as Proprietor, in the words following, to wit:

" JICOTENCAL."

In conformity to the act of the congress of the United States, entitled, " an act for the encouragement of learning, by securing the copies of maps, charts and books, to the Authors and Proprietors of such copies, during the times therein mentioned;"—and also to the act, " entitled, an act, supplementary to an act, entitled, " an act for the encouragement of learning, by securing the copies of maps, charts and books, to the Authors and Proprietors of such copies, during the times therein mentioned," and extending the benefits thereof to the arts of designing, engraving, and etching historical and other prints.

D. CALDWELL,  
*Clerk of the Eastern District of Pennsylvania.*



LIBRO I.

ESTABA escrita en el libro fatal del destino la caída del grande imperio de Motezuma, bajo cuyas ruinas debian sepultarse la república de Tlascala y otros gobiernos de una hermosa parte de la América. Ya habian visto los hombres irrupciones de bárbaros *me-dio salvages, que abandonando sus guaridas y su ingrato pais, se apoderáron de climas mas benéficos, destruyendo á sus antiguos habitantes: algunos ambiciosos de genio, colocados á la cabeza de los pueblos, habian armado las naciones unas contra otras, para subyugarlas á todas; y el inmenso*

TOM. I. A

BIBLIOTECA NACIONAL

*Libros de fondo que se encuentran en casa de Lanuza y Mendia de Nueva-York.*

Diccionario filosófico de Voltaire, traducido por C. Lanuza, 10 tom. en 18º N. York 1825.

Cuentos y Sátiras de Voltaire, puestos en verso castellano por M. Domiiguez, un tom. en 18º N York 1825.

El Vicario de Wakefield, por el Dr. Goldsmith, traducido por M. Domiiguez, un tom. en 18º N. York 1825.

Vida de Jorge Washington, por Ramsey, 2 tom. en 18º N. York 1825.

Compendio de la historia de los Estados Unidos, un tom. en 18º N. York 1825.

Auxiliar Vocabulario de bolsillo español inglés, por J. L. Barry, un tom. en 16º N. York 1825.

Fábulas de Samaniego, un tom. en 18º N. York 1826.

Fábulas de Iriarte, un tom. en 18º N. York 1826.

Ortografía de la lengua castellana, por la Academia española, un tom. en 18º N. York 1826.

Jicotencal, 2 tom. en 18º Filadelfia 1826.

**EN PRENSA,**

Vida de Benjamin Franklin, escrita por él mismo.

Clotilde, ó el Médico Confesor, por Victor Ducange

Pérsiles y Sigismunda, última obra de Cervantes.

También se hallará un gran surtido de libros españoles antiguos y modernos, y toda clase de encuadernaciones.



JOSÉ MARÍA HEREDIA Y HEREDIA

† 7 de mayo de 1839

hay en la novela frecuentes referencias al esfuerzo que debe hacer un pueblo para conquistar su libertad, para oponerse a la tiranía que lo oprime y acabar con ella. No es difícil ver en estos sentimientos e ideas una muestra de la actitud creada por las recientes luchas de independencia de las antiguas colonias españolas. Y puede decirse que en la novela se ve a la España del siglo xvi, que realizó la conquista de América, con los mismos ojos desamorados, críticos y hasta hostiles con que los hispanoamericanos de principios del siglo xix veían a las autoridades y los funcionarios españoles, contra los cuales habían luchado o luchaban todavía para obtener su independencia política.<sup>5</sup>

La lectura de la novela revela que esto no es exactamente así; si bien es cierto que hay un rechazo de la figura de Hernán Cortés y lo que ella significa históricamente —sentimiento donde se incluye por complicidad a doña Marina—, también es cierto, que no hay esa cortedad maniquea de concepciones, pues el personaje de Diego de Ordaz representa la otra cara de la moneda en un esquema de “españoles buenos” y “españoles malos”. Como si el enigmático autor, teniendo en cuenta todo lo que ya he apuntado, no sólo estuviera como *punte* entre dos épocas históricas (Colonia e Independencia, Neoclasicismo y Romanticismo), sino también como *nexo* entre dos nacionalidades.

*Jicotencal* (como aparece en la primera edición de la novela que he consultado en los riquísimos fondos de San Agustín y la cual no pudo conseguir Antonio Castro Leal, que trabajó con la segunda según da noticia; de ahí quizá la diferencia de grafía), se publica en Filadelfia en 1826 y parece bien fundamentada la sospecha de que su autor no es Frederick Huttner (sólo su “propietario”), y sí un escritor hispanoamericano residente o de paso por esa ciudad un poco antes. Ese hipotético novelista debe manejar el castellano como lengua materna, ser un escritor bien dotado y con conocimientos del francés y de los cronistas de la conquista, a juzgar por las influencias y las fuentes evidentes en la obra.

La novela toda es un canto de libertad, con ingredientes de reflexión y de pasión, de memorias y anticipaciones. Filadelfia era en esa época un “hervidero de conspiradores” hispanoamericanos, que encontraban en ella los medios para sobrevivir, agruparse y realizar su labor de lucha. Algún día habrá que dedicar espacio y tiempo para estudiar extensamente esa ciudad fundamental en las relaciones de los Estados Unidos y América Latina.

Perseguido por el gobierno español, bajo disfraz y después de varios días escondido, sale de Cuba el 14 de noviembre de 1823 en el bergantín *Galaxi*, hacia Boston, el joven poeta José María Heredia, el “Primer Cantor de la Libertad” cubana. Permanecerá exiliado en los Estados

<sup>5</sup> Castro Leal, *op. cit.*, p. 85.

Unidos hasta el 22 de agosto de 1825, cuando viaja a México invitado por Guadalupe Victoria. Todo el año 1824 y parte del siguiente vive en Boston y Nueva York, con frecuentes viajes por otras ciudades y regiones del país. Forma así una dilatada estancia estadounidense de 19 meses donde entre otros trabajos, ofrecerá clases de español (pionero en este campo de las relaciones culturales entre Estados Unidos y América Latina, según señala Héctor H. Orjuela en una valiosa obra),<sup>6</sup> editará sus *Poesías* (Nueva York, Librería de Behr y Kahl, Imp. de Gray y Bunce, 1825) y compondrá su magnífico poema "Oda al Niágara", en ese sitio, el 7 de junio de 1824.

El 22 de diciembre de 1823 llega a Nueva York y allí trata al grupo de intelectuales cubanos exiliados, entre ellos, Félix Varela, Leonardo Santos Suárez y Tomás Gener. Reside en una casa marcada con el número 41, de Broadway. G. Garófalo Mesa, en su documentada obra *Vida de José María Heredia en México* —que rebasa su misma concepción y es una biografía completa del escritor— señala que "el año de 1823 ha de ser de trascendentes acontecimientos para la vida de José María Heredia, que han de señalarle nuevos y definitivos horizontes".<sup>7</sup> Y un poco más adelante, agrega que "en los primeros días del nuevo año comienza Heredia a escribir una tragedia, argumentada —según su nombre lo indica— en un interesante episodio histórico de la conquista: *Xicoténcatl o los traxcaltecas*, en cinco actos, pero sólo dejó redactados los tres primeros".<sup>8</sup> Esta obra no la menciona Max Henríquez Ureña al hablar de los trabajos teatrales de Heredia en su *Panorama histórico de la literatura cubana*,<sup>9</sup> ni he tenido otra noticia de ella, además de la mención de G. Garófalo, que no indica la fuente. Tampoco aparece en la extensa nota bibliográfica de Heredia que incluye el *Diccionario de la literatura cubana*.<sup>10</sup>

Aunque no se tenga conocimiento exacto y actual de esa obra de teatro titulada *Xicoténcatl o los traxcaltecas*, se puede presumir que fue vista por algún testimoniante y se trasladó la noticia, no así el manuscrito. Aun en las prisas lógicas de su fuga de Cuba, no resulta aventurado pensar que en su valija de desterrado Heredia incluyera la obra en la que estaba trabajando, pues sí pudo reunir los poemas que después aparecerían en la primera edición de sus *Poesías* (Nueva York, 1825).

<sup>6</sup> Héctor H. Orjuela, *Imagen de los Estados Unidos en la poesía de Hispanoamérica*. México, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 1980. Vid. p. 70 et pass.

<sup>7</sup> Manuel García Garófalo Mesa, *Vida de José María Heredia en México*. México, Edic. Botas, 1945, p. 150.

<sup>8</sup> *Id.*

<sup>9</sup> Vid. Max Henríquez Ureña, *Panorama histórico de la literatura cubana*. La Habana, Edición Revolucionaria, 1967, t. 1, p. 111 et pass.

<sup>10</sup> Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba, *Diccionario de la Literatura Cubana*. La Habana, Edit. Letras Cubanas, 1980, t. 1, p. 430 et pass.



La imprenta de Guillermo Stavely, donde se forma la novela *Jicotencal*, estaba por otra parte muy cercana a la causa de la independencia cubana y al grupo que tanto en Filadelfia como en Nueva York mantenía el aliento de la libertad en las duras condiciones del exilio. En esa imprenta se imprimía el periódico separatista *El Habanero*, dirigido y casi íntegramente redactado por el presbítero Félix Varela —“el cubano que nos enseñó a pensar”, según frase memorable de José Martí— y a cuyo grupo se suma Heredia en Nueva York —según dato comprobado—, por lo que es dable pensar que debido al estrecho vínculo con la imprenta de Stavely, también entrara en contacto con éste. No es posible asegurar que la estancia de Heredia en los Estados Unidos fuera rigurosamente legal, pues se embarca oculto y en las condiciones de un proscrito, así que puede tenerse en cuenta el dato para establecer una traba de su representatividad en cuanto a derechos autorales.

El enigmático “propietario” de *Jicotencal* es un misterio hasta ahora sin respuesta; he revisado cuidadosamente una gran cantidad de fuentes de consulta y no he encontrado ningún dato sobre él, ni la mención siquiera de su nombre. Es difícil asegurar, pues, que se trate de un personaje real y cabe suponer que sea un seudónimo. Se me ocurre pensar que “Huttner” es voz cercana a “Hutter”, célebre reformista religioso martirizado y creador de la secta de los “hutteristas”, o también conocidos como “mennonitas”, que tanta boga tenían en esos momentos en los Estados Unidos, donde empezaban a consolidarse y a distinguirse por sus costumbres diferentes así como por su atuendo; quizá estas características y su historia de sufrimientos y persecuciones sirviera de inspiración para que algún temperamento afín —que atravesara por circunstancias parecidas— los tomara como fuente para construir un seudónimo. Sin embargo, aquí debe establecerse aún la duda sobre este “propietario”, mientras no se realice una pesquisa a profundidad en los archivos y bibliotecas de Filadelfia y Nueva York. Como dato paralelo, relacionado con sectas disidentes, puede señalarse que Heredia escribió páginas llenas de simpatía hacia los cuáqueros (*vid.* “Los cuáqueros”, *Revista de Cuba*, tomo x, 1881).

Durante su estancia de 19 meses en los Estados Unidos, Heredia visitó Filadelfia y quedó admirado con la ciudad y sus gentes. Puede que hayan sido varias las estancias —teniendo en cuenta la cercanía con Nueva York, donde residió más tiempo—, pero al menos puede afirmarse sin duda una primera visita de varios días, desde el 5 de abril de 1824 (según declara en su carta a Domingo del Monte, fechada en Filadelfia el 15 de abril de 1824): “Diez días ha que estoy en esta famosa Filadelfia...”,<sup>11</sup> donde inconscientemente aprecia el paralelo entre el trazado de esa ciudad

<sup>11</sup> García G., *op. cit.*, p. 166-70.

y el de la Matanzas cubana que acaba de abandonar, ambas cortadas a cordel. Joven apasionado, destaca en la misma carta "las muchachas bonitas, que aquí abundan más que en ninguna otra parte de los Estados Unidos...",<sup>12</sup> y se detiene a comunicarle a su amigo los restos de "mamuts" que vio en el Museo de la ciudad, de los "mammoth", como los llama siguiendo el sonido inglés.<sup>13</sup> Algo de añoranza nacionalista hay en su descripción del teatro de Chesnut Street (muy cerca por cierto de la imprenta de Stavely, situada en el número 70 de la calle Tercera del Sur) y dice del edificio que "en su belleza y decoración es inferior al de La Habana",<sup>14</sup> lo que puede referirse a El Coliseo (inaugurado en 1775), al Circo de Marte (1800) o al Diorama (1828), pues el Tacón no se construye hasta 1838. Confiesa que le "agrada la más brillante irregularidad de New York",<sup>15</sup> aunque su estancia norteamericana está siempre marcada por su rechazo al frío que le afecta los débiles pulmones y su antipatía por algunas costumbres "yankees", pues confiesa a su madre preocupada por su subsistencia que "no me faltaré con qué vivir aún entre estos judíos".<sup>16</sup> Ocupó su tiempo fundamentalmente en las clases de lengua española que dictaba en el colegio neoyorkino de M. Bancel, y no es aventurado afirmar que entre sus labores editoriales como la preparación de sus *Poesías*, encontrara suficiente tiempo en sus reclusiones invernales para componer una larga novela sobre la base del extenso argumento de su obra teatral de igual tema, que serviría para recordarle en su melancólico exilio —nostalgia y alejamiento mediante—, su origen americano; o quizá también es de suponer que motivos económicos le movieran a "hacerla de negro" literario y venderle su obra a alguien; que la registró con otro nombre, pero no se reconoció como su autor.

De mucho más peso que estas "sospechas" e "intuiciones" que siempre animan un trabajo de este tipo, son otros argumentos que se refieren al texto mismo de *Jicotencal*. Sin duda alguna y por obra de su padre en primer término, Heredia frecuentó una abundante gama de lecturas desde su infancia, entre las cuales ocupaban sitio parejo junto a los clásicos latinos y griegos, los historiadores de la conquista americana, Antonio de Solís y Bartolomé de Las Casas, entre ellos. Estas son fuentes explícitas de consulta del autor de *Jicotencal*, pues varios pasajes se reproducen de forma diferenciada en el texto de la novela.

Existe en *Jicotencal* un pasaje sobre el cual quiero detenerme un poco: el ascenso de Diego de Ordaz al Popocatepetl, la montaña sagrada de los tlaxcaltecas. Heredia, antes de la novela, había tocado el tema en su poe-

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 167.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 168.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 169.

<sup>15</sup> *Id.*

<sup>16</sup> García G., *op. cit.*, p. 186.

ma "Al Popocatépetl", una temprana poesía que había dado a conocer en el *Noticioso General* de México el 17 de enero de 1820. Es curioso y revelador el paralelismo de este texto con el de *Jicotencal* cuando reseña el suceso. En la novela aparece dentro del libro III del tomo I, entre las páginas 172 y 176 y el poema puede consultarse en la obra de García Garófalo Mesa ya citada, en las páginas que van de la 79 a la 83. En ambos casos se relata el pasaje del temblor de la montaña al sentirse invadida y que apunta al menos hacia una fuente común de ambas obras. Pero lo más significativo es el empleo de algunos epítetos y frases dedicados al héroe del ascenso que resultan sumamente parecidos entre el poema y la novela:

"Al Popocatépetl"	<i>Jicotencal</i>
"...le quisiste arredrar..." pág. 82	"él se hubiera arredrado..." p. 174
"...el intrépido Ordaz..." pág. 82	"él sigue con intrepidez..." p. 174
"más él siempre animoso..." p. 83	"un hombre menos animoso..." p. 174

Y son varios más los ejemplos de este carácter.

El tema mexicano es uno de los de más sólida y antigua raíz en Heredia. Ya había poetizado la historia de su país de adopción en aquel célebre poema "En el teocalli de Cholula", su precoz obra de los 16 años (escrita en diciembre de 1820) y "Las sombras" (posible fuente de inspiración por cierto de la célebre "Profecía de Guatimozín", de Ignacio Rodríguez Galván, de lo cual me ocuparé en otro momento) y que publica recién llegado de Estados Unidos (*Gaceta de México*, no. 149, tomo I, 23 de octubre de 1825, p. 2-4). Todo esto indica que durante el periodo se ha mantenido muy viva la llama de inspiración indígena y mexicana en especial, en el ánimo del joven poeta cubano. Además, existe una pieza teatral de Heredia titulada *Moctezuma o los mexicanos*, que menciona Max Henríquez Ureña,<sup>17</sup> y de la cual da la noticia de conservarse el primer acto y parte del segundo.

En el poema "Al Popocatépetl" se leen algunas descripciones referidas a los tlaxcaltecas que se repiten en *Jicotencal*: "...Y el fiero Tlaxcalteca / El ímpetu temiendo de tus lavas, / Ante tu Faz postrado / Imploraba glorioso tu clemencia...",<sup>18</sup> y un poco más adelante:

<sup>17</sup> Vid. Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 112.

<sup>18</sup> García G., *op. cit.*, p. 79.

Después de la catástrofe horrorosa / Luengos siglos pasaste sosegado, / Temido  
y venerado / De la insigne Tlaxcala belicosa. / Jamás humana planta / Las  
nieves de tu cima profanara. / ¿Mas qué no pudo hacer entre los hombres /  
La ansia fatal de eternizar sus nombres? / Miró tu faz el español osado, / Y  
temerario intenta / Penetrar tus misterios escondidos. / El inurépido Ordaz  
se te presenta, / Y a tu nevada cúspide se arroja. / En vano con bramidos / Le  
quisiste arredrar; entonces airado / ostentas tu poder. Con mano fuerte / Pro-  
cura de tu espalda sacudirle, / Y haciéndole temer próxima muerte, / Por  
los aires despides / Mil y mil trozos de tu duro hielo, / Y amenazas con llamas  
abrasarle, / Y te encumbres el cielo / Y la lejana tierra / Con pómez y volcá-  
nica ceniza, / Que a fuer de lluvia bajo sí le entierra. / Mas él siempre ani-  
moso / Vé tu furor con ánimo sereno: / Holla tu nieve y desde tu ancha  
boca / Mira con ansia tu horroroso seno...<sup>19</sup>

El tono de *Jicotencal* es intensamente libertario, agresivamente democrático si se le permite la expresión, como el de alguien que sufre privaciones y persecuciones por sus ideas. Son todos estos elementos que recuerdan muy cercanamente el sentido superior de la obra de Heredia. Apréciese cuánto del "Primer Cantor de la Libertad" cubana hay en algunos de estos fragmentos:

... El gobierno de uno solo no me parece soportable, sino en los pueblos cuya ignorancia los hace incapaces de mirar por sí mismos, ó cuyos vicios y envilecimientos los hacen insensibles á la opresión. Este gobierno tiene para mí el grande inconveniente de la natural propensión del hombre a abusar del poder, y cuando el poder de uno solo domina, no hai más leyes que su voluntad. ¡Desgraciado el pueblo cuya dicha depende de las virtudes de un hombre solo! ... (t. I, p. 160-161).

El eco roussoniano está también presente en el autor de *Jicotencal*, de igual forma que en Heredia (quien le dedica un bello homenaje a la muerte del filósofo ginebrino: "Últimos momentos de J.J. Rousseau", *Miscelánea*, noviembre de 1829), demostrando un certero conocimiento de su obra, que aplica casi con sus mismas palabras, inspiradas en *El contrato social*:

... Creedme que todos los gobiernos tienen sus ventajas, y aun más todavía sus inconvenientes; mas, según lo que yo he podido alcanzar de ese otro mundo, donde los hombres saben más que nosotros, allí como aquí la corrupción y los vicios son la muerte de los estados, como las virtudes forman su vida y su vigor. Un hombre que tenga el mando absoluto puede oprimir y vejar á su pueblo; pero si este pueblo tiene virtudes, la injusticia irritará su honrado resentimiento, y él sabrá tomarse por su mano una venganza noble y eficaz, usando de sus derechos naturales. Mas si este mismo pueblo teme

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 82-83.

esponer los pocos bienes que le deja gozar su señor, si transije con el que lo esclaviza, sus vicios y su envilecimiento, únicas causas de su sumisión, le hacen bien merecedor de su suerte. Del mismo modo en las repúblicas, cuyo flaco es la inquietud y la discordia, tan naturales á la humanidad, si la masa de la nación es justa y honrada, se desharán como el humo de estos estorbos para su dicha: las diferencias producirán algunas escenas de movimiento; pero el primer peligro reunirá invenciblemente al pueblo que no se vea arrastrado por las pasiones y por los vicios á las parcialidades y á los bandos: y si éstos llegan a formarse, es una señal infalible de que la nación está más ó menos enferma; pero no sucumbirá hasta después de haberse corrompido... (tomo I, libro III, p. 163-164).

Otras reiteraciones del sentido libertario hay en la obra, que recuerdan mucho el estilo apostrofico de Heredia, que apelaba a recursos de oratoria permanentemente; sirva de ejemplo este pasaje:

... Libertad... ¡Este santo nombre se oye en la boca de nuestros envilecidos antepasados como el complemento y la recriminación de un asesinato! ¡Hasta dónde ha llegado la degradación de la especie humana!... Cuando se encarecen como heroicas y grandes hazañas la devastación de pueblos enteros; la agresión injusta de países pacíficos y remotos; la muerte y la desolación conducidas por un ambicioso, y acompañadas de todos los crímenes y horrores de una soldadesca sin freno; cuando se veneran como hechos de la piedad más cristiana el haber levantado una cruz sobre los escombros de provincias enteras y sobre los cadáveres de millones de hombres; y el haber convertido a algunos naturales, arrastrados o por el miedo, o por la bajeza, o por el interés!... ¡se osa profanar así el nombre augusto de LIBERTAD!... (tomo II, libro VI, p. 192-193).

Ese sentido libertario, que *Jicotencal* inaugura en la narrativa hispanoamericana y que Heredia consagra como "Cantor de la Libertad" cubana, constituye toda una herencia mantenida en nuestras letras, hasta llegar a su máximo exponente, José Martí, quien de forma muy cercana al autor de la novela tratada y al bardo cubano anterior, declarará sobre el sentido de patria, la noción de libertad y la oposición a la dictadura:

Yo no creo que en aquello que a todos interesa, y es propiedad de todos, deba intentar prevalecer, ni en lo privado siquiera, la opinión de un solo hombre (1887, *Obras completas*, Ed. Gonzalo de Quesada, 1910-1915, tomo xv, p. 163).

Y en otra parte memorable y ejemplar de su obra:

Lo sagrado es el país. Un pueblo no es peana del hombre que sobre la hecatombe de él quiera, ante los siglos futuros, codearse con las glorias pomposas

de la historia de nuestro mundo, que al cabo, en el globo incalculable de la creación, será vapor de agonía y de sangre, que orle como vaga nube la dicha suprema; la dicha que se vislumbra en la existencia corriente cuando se deja bien hecho un trabajo útil o se decide dar la vida, y el mismo gusto doloroso de cumplir los deberes menores, por mejorar y salvar la vida ajena. De las carnes caídas surge entonces una luz, serena y deleitosa, que ha de ser como la paz final del mundo. Los enanos de él aspiran a clavar su nombre en el vapor eterno. Los verdaderos héroes, como los indús ante el Juggernaut, se postran a que pase por sobre ellos el país, a que la verdad sacrificadora pase por sobre ellos. De las raíces vive el árbol; y la verdad de los hombres que a los pies de ella caen sobre la tierra (1893, *O.C.*, ed. cit., t. xv, p. 528).

Parejamente con la insistente aparición del tema libertario, hay otro aspecto que ocupa señalados espacios en la novela y que también es preocupación constante de Heredia: el sentido de la justicia, que no puede existir sin libertad. Dice así, en un jugoso fragmento lleno de implicaciones:

Quando el poder arbitrario llega a asesinar a un hombre virtuoso, cubriendo este horrible atentado con una farsa judicial, tan ridícula como insultante; y cuando el despotismo descarga así su mano de hierro a presencia de un pueblo que no le ahoga o despedaza en la justa indignación que debe excitar tan bárbara tiranía; ese pueblo sufre justamente sus cadenas; y aun estas son poco para lo que merece su cobarde y vil paciencia. La *Justicia* es el alma de la *Libertad*; y esta matrona benéfica, manantial fecundo y único de todos los bienes sociales, es tan celosa de su pundonor, que vuelve la espalda al país que no sabe vengar sus insultos, y abandona la generación presente y las futuras a la horfandad y a la esclavitud. Por esta razón se contienen los déspotas en su sed de sangre y de venganza, hasta que, caminando cautelosamente, y de paso en paso, les muestra la experiencia el envilecimiento de la nación que oprimen (tomo II, libro VI, p. 167-168).

Estas frecuentes y extensas interpolaciones discursivas, verdaderas digresiones de carácter ético-filosófico, apoyan el sentido de que la novela es una obra de tesis; el suceso tomado es el pretexto para una exposición de fines más trascendentes. En esos textos es donde mejor se puede reconstruir el perfil de su probable autor. La intención degradatoria de lo negativo y exaltante de lo positivo en cuanto a la patria y la libertad, adquiere tonos de condena implacable, vehemente, total:

Mas como el déspota en sus grandes golpes es tan cobarde como un asesino, al acercarse el plazo fatal de un proyecto tan meditado, como inicuo, los negros temores cercan al malvado; su mano tiembla al empuñar el cuchillo, y en el sosiego aparente de su seguridad un poder invisible le hace asustarse hasta de su misma sombra... (tomo II, libro VI, p. 188).

Este tono moralizante recuerda en todo a Heredia, lo mejor de sus cantos patrióticos, llenos de fuego y pasión, verdaderas lecciones de patria y libertad. No podía faltar para apoyar todo esto, un fragmento que caracteriza el vínculo del escritor que contempla la naturaleza y los estados más violentos o más dulces de ella. Plenamente dentro del espíritu del Cantor del Niágara y del Teocalli de Cholula, se encuentra este de *Jicotencal* que reproduzco:

... Un trueno repetido por el eco de mil montes interrumpió la conversación. Los relámpagos cruzan el aire en todas direcciones; las nubes casi sobre su cabeza oscurecen enteramente el horizonte; el agua cae a torrentes, y a los pocos pasos un caobo tan antiguo como el mundo estalla y se incendia por el fuego de un rayo. En semejante apuro se dirigen a guarecerse de la tormenta hacia una gruta formada por la hendidura de unos peñascos, que no estaba a mucha distancia... (tomo 1, libro 1, p. 42).

Poco más adelante se retoma la descripción, ahora para establecer un contraste con el estado anterior —recurso tan del gusto de Heredia, por cierto— y brindar una atmósfera de placidez:

El cielo principia a aclararse; el arco iris brillaba ya con los rayos del sol que se ponía; el aguacero se convierte en un agradable rocío, y los truenos se oían apenas, repetidos por los ecos de los montes y los valles... (tomo 1, libro 1, p. 45-46).

Romántico anticipado e intenso, el autor de *Jicotencal* no podía menos que realizar algo que después, más entrado el siglo, fue signo común de los poetas: la vinculación del amor patriótico y del amor carnal. Una extensa declaración del amante a su amada, vuelve a relacionarse con el estado de opresión y de cómo la patria es primero que los intereses y deseos personales, lo cual reitera el sentido de la novela como obra de propaganda y adoctrinamiento:

... ¡Cielos sacrosantos! exclamó entonces el joven Jicotencal. ¿Para cuándo reserváis los rayos, si sois indiferentes a tanta abominación? Y tú ¡oh patria mía! y tú ¡mi adorada Teutil! caros objetos de mi corazón, admitid el sacrificio de mi justa cólera, el mayor de los sacrificios que pudieran exijirse de Jicotencal. ¡Padre mío! no me abandones: mi fuego necesita de tu prudencia; y tu hijo seguirá con docilidad los consejos de tu sabiduría. ¡Adiós Teutil! me dijo tomándome ambas manos; tú vas a ser libre, y sólo Jicotencal es esclavo. Mi corazón te seguirá a todas partes, y palpitará por ti hasta mi último aliento. Cuando estas hermosas manos entretejan la majagua; cuando hilen el blanco algodón, menos puro que tu inocencia; cuando rieguen las flores menos fragantes y menos deliciosas que tus labios, no olvides que tu Jicotencal vive por ti y para ti... (tomo 1, libro 1, p. 72-73).

En estos últimos fragmentos cabe quizá señalar que hay algunos vocablos de hondo sabor americano referidos a la naturaleza que resulta difícil suponer los utilizara un Frederick Huttner: "caobo" y "majagua". Por otra parte, hay un intenso paralelismo con composiciones heredianas reconocidas, que aún no se habían publicado en la época cuando puede suponerse escrita la novela. En "Las sombras", Heredia describe una feroz tempestad en el bosque de Chapultepec (por cierto, poema donde hay fragmentos que parecen ser una fuente de la prosa descriptiva de *Jicotencal* ya comentados); *v. gr.*:

... Aquellos pensamientos revolvía/ En el espacio de su inquieta mente/  
 Cuando una tarde al acabar el día/ Silencioso vagaba tristemente/ En el  
 monte sagrado en que reposan/ De los reyes aztecas las cenizas:/ Allá donde  
 mil árboles antiguos/ A despecho del tiempo y de los siglos/ Siempre verde  
 y hermosa alzan al cielo/ La inmensa copa...<sup>20</sup>

Y un poco más adelante:

... Yo cavilaba así: la clara luna/ Resplandeciente en la mitad del cielo/ Al  
 través de los árboles sombríos/ Con suave vislumbrar bañaba el suelo/ Con  
 su plateada luz, que dulce y triste/ Al mover de las hojas, semejaba/ A mii  
 espectros pálidos y fríos/ Que rápidos en torno vagueando/ Se ocupaban  
 doquier: mi alma llenaba/ Una dulce y feliz melancolía. / Mas de repente  
 escuché entre los vientos / Tristes gemidos resonar: alzado/ Revuelvo en derre-  
 dor la vista mía/ Y un hombre miro que hacia mí se acerca...<sup>21</sup>

Otro instante en la poesía de Heredia que resulta ilustrativo para señalar su intenso carácter como pintor de la naturaleza y en especial los estados más tremendos de ella, es "En una tempestad":

Huracán, huracán, venir te siento, / Y en tu soplo abrasado/ Respiro entu-  
 siasmado: Del señor de los aires el aliento... (...) ¡Qué nubes! ¡qué furor!  
 El sol temblando/ Vela en triste vapor su faz gloriosa,/ Y su disco nublado  
 sólo vierte/ Luz fúnebre y sombría, / Que no es noche ni día, ¡Pavoroso color,  
 velo de muerte! (...) Oscuridad universal...! Su soplo/ Levanta en tor-  
 bellinos/ El polvo de los campos agitados...! En las nubes retumba despe-  
 ñado/ El carro del Señor, y de sus ruedas/ Brota el rayo veloz, se precipita,  
 Hiere y aterra al suelo, / Y su lívida luz inunda al cielo.// ¿Qué rumor? ¿Es  
 la lluvia...? Desatada/ Cae a torrentes, oscurece al mundo, / Y todo es con-  
 fusión, horror profundo. / Cielo, nubes, colinas, caro bosque, / ¿Dó estáis...?  
 Os busco en vano:/ Desaparecisteis... La tormenta umbria/ En los aires revuel-  
 ve un océano/ Que todo lo sepulta... / ¡Al fin, mundo fatal, nos separamos!  
 El huracán y yo solos estamos...<sup>22</sup>

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 204.

<sup>21</sup> *Id.*

<sup>22</sup> García G., *op. cit.*, p. 147-148.



Esta vinculación del poeta con el paisaje en sus momentos más terribles y grandiosos, característica del romanticismo del cual Heredia fue el iniciador en Hispanoamérica, se siente también en *Jicotencal*, y es uno de sus logros mejores.

En días cercanos a la publicación de la novela, Heredia había exclamado ante el espectáculo del Niágara:

Torrente prodigioso, calma, calla  
 Tu trueno aterrador: disipa un tanto  
 Las tinieblas que en torno te circundan;  
 Déjame contemplar tu faz serena,  
 Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.  
 Yo digno soy de contemplarte: siempre  
 Lo común y mezquino desdeñando,  
 Ansié por lo terrífico y sublime.  
 Al despeñarse el huracán furioso,  
 Al retumbar sobre mi frente el rayo,  
 Palpitando gocé: vi al Océano  
 Azotado por austro proceloso,  
 Combatir mi bajel, y ante mis plantas  
 Vórtice hiviendo abrir, y amé el peligro.  
 Mas del mar la fiereza  
 En mi alma no produjo  
 La profunda impresión que tu grandeza.

(...)

Ved ¡llegan, saltan! El abismo horrendo  
 Devora los torrentes despeñados:  
 Crúzanse en él mil iris, y asordados  
 Vuelven los bosques el fragor tremendo.  
 En las rígidas peñas  
 Rómpe se el agua: vaporosa nube  
 Con elástica fuerza  
 Llena el abismo en torbellinos, sube,  
 Gira en torno, y al éter  
 Luminosa pirámide levanta,  
 Y por sobre los montes que le cercan  
 Al solitario cazador espanta.<sup>23</sup>

Estando en Boston, celebra Heredia la sublevación griega contra los turcos, ocurrida apenas un par de años antes y que difunde en el *Aguila Mexicana* (23 de octubre de 1825), donde se incluye un fragmento del elogio de Félix Varela cuando aparece la edición de las *Poesías* del joven poeta (Nueva York, 1825). Este hecho de libertad le arranca versos muy parecidos a algunos de los fragmentos ya reproducidos de *Jicotencal*:

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 174-178.

Jamás puede un tirano  
la cadena cargar a un pueblo fuerte,  
que enfurecido se alza, lidia y triunfa,  
o sufre noble y envidiable muerte.

(..)

... dirijo al cielo mis postreros votos  
porque triunfes ¡oh Grecia! y ya te miro  
lanzar a tus tiranos indignada,  
y a la alma libertad servir de templo,  
y al mundo escucho que gozoso aplaude  
victoria tal y tan glorioso ejemplo.<sup>24</sup>

No fue ajeno Heredia a la novela. En primer lugar, fue traductor de Walter Scott y su difusor inicial en el ámbito iberoamericano. Traduce en 1833 a *Waverley*, publicada en 1814, y elabora una serie de reflexiones sobre la novela histórica que causaron asombro por su penetración y certeza en notables críticos posteriores, como Julio Caillet Bois y Amado Alonso.<sup>25</sup> Su "Ensayo sobre la novela" apareció en tres entregas (marzo, abril y mayo de 1832), en *Miscelánea*, y por la importancia y relación con el tema central de este estudio, creo merece comentario detallado.

Partiendo de un origen épico y mitológico en las sociedades antiguas, Heredia anticipa la tesis que después desarrollará por extenso Menéndez Pidal para la literatura de romances (germen de lo novelesco). Afirma el poeta que "la epopeya de Homero es la novela de la antigüedad",<sup>26</sup> pues "el hombre (...) aún no tenía en sus fuerzas bastante confianza para ser el héroe de sus propias narraciones"<sup>27</sup> y esto lo relaciona con el desarrollo de la industria. Después, en Grecia y Roma, no tenía espacio la novela porque todo estaba puesto en función de la vida civil: la condición de ciudadano privaba sobre cualquier otra. No había tiempo para ocuparse de las costumbres privadas (que retrata una buena novela) cuando la atención se dirigía a las costumbres públicas: "habría parecido pueril",<sup>28</sup> pero más adelante, como resultado del desarrollo, "los progresos del lujo fueron extinguiendo poco a poco el ardor patriótico que animaba la sociedad, y se anunció la novela, cuando empezaba a desaparecer la vida civil de las sociedades antiguas",<sup>29</sup> y aparecen los casos de Petronio y Apuleyo, que contraponen con las figuras anteriores de

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 211-216.

<sup>25</sup> *Vid.* José María Chacón y Calvo, "Heredia considerado como crítico", *Estudios heredianos*. La Habana, Letras Cubanas, 1980, p. 160 *et pass.*

<sup>26</sup> José María Heredia, *Prosas*, sel. y pról., Romualdo Santos. La Habana, Edit. Letras Cubanas, 1980, p. 81. Esta edición recoge por primera vez, íntegro, el estudio de Heredia sobre la novela, desde su primera aparición en *Miscelánea*.

<sup>27</sup> *Id.*

<sup>28</sup> Heredia, *ed. cit.*, p. 82.

<sup>29</sup> *Id.*

Licurgo; Demóstenes y Cicerón. En términos precisos señala que "la novela fue, por decirlo así, el resultado postrero de la civilización"<sup>30</sup> y toda la compleja mezcla de elementos que se impuso hizo que "el estudio moral del hombre fue más difícil e interesante, como una materia más compleja y heterogénea lo es para los experimentos del químico", pero después "ya no había patria, ni espíritu nacional, ni interés público; y la novela verdadera, que describe las flaquezas y pasiones humanas, salió naturalmente del seno de la sociedad oprimida".<sup>31</sup>

Con un sentido lleno de luces, Heredia reconoce el papel de la mujer en la evolución de la novela y declara que "ellas crearon la novela de pasiones",<sup>32</sup> para apuntar de inmediato el caso de *Madame de La Fayette*, "la primera que intentó analizar el corazón humano en sus emociones más tiernas, y presentó una ficción sin otros móviles que las gradaciones y contrastes del amor";<sup>33</sup> de ese intento "nació la novela, que tiene por objeto la vida privada, y sondea los abismos del corazón",<sup>34</sup> para dar paso después a la novela de costumbres creada por *La Sage*: "ninguno de los vicios inherentes a las costumbres modernas, ninguna ridiculez de nuestras sociedades escapó al autor ingenioso de *Gil Blas*".<sup>35</sup>

Heredia señala la aparición de la novela histórica en Inglaterra como el resultado de varias causas: la combinación del espíritu nacional y el patriotismo antiguo; el sentido aristocrático de su organización feudal; el clima y las costumbres que se centran en la vida familiar, para crear ese amplio concepto que es el "home". Así "la novela consagrada a pintar las costumbres íntimas se desarrolló con rapidez en Inglaterra y sus autores fueron excelentes en un género que habrían creado, aun cuando las naciones del continente no hubiesen concebido su idea, y dádoles el primer ejemplo".<sup>36</sup> Largo espacio dedica Heredia para hablar del novelista Richardson, en quien admira "(...) una observación sagaz, la ojeada vasta y variada de un pintor eminente, la imitación exacta de los tonos más diversos, la fidelidad perfecta de los pormenores, la feliz unidad de los caracteres, la verdad de todos, la profundidad de algunos de ellos".<sup>37</sup> Lo más importante de su reseña sobre Richardson es la valoración de su talento y sus intuiciones que abrieron camino, con las cuales resultaba afín Heredia:

<sup>30</sup> *Id.*

<sup>31</sup> Heredia, ed. cit., p. 83.

<sup>32</sup> *Id.*

<sup>33</sup> *Id.*

<sup>34</sup> Heredia, ed. cit., p. 84.

<sup>35</sup> *Id.*

<sup>36</sup> *Id.*

<sup>37</sup> Heredia, ed. cit., p. 85.

Richardson comprendió la necesidad de no dar a sus novelas la forma de narración y no dejó ver en ellas el novelista. Quería reproducir a la naturaleza misma, a los caracteres de los hombres, a sus pasiones reales, a los móviles ocultos de sus pensamientos, y dejó hablar a sus actores. Cada cual contó su historia, comunicó sus sensaciones, y depuso en favor o en contra de sí mismo: así entró profundamente en el espíritu de la novela moderna, y formó un uso nuevo del arte dramático. Cada carta de sus novelas fue una especie de monólogo, que iniciaba al lector en los secretos más íntimos de los diversos actores del drama (...) máquina vasta, cuya concepción prueba su genio, y cuya ejecución presentaba dificultades casi insuperables.<sup>38</sup>

Autores como Fielding y Rousseau pasan en la rápida ojeada crítica, destacando sin embargo sus aspectos esenciales; el primero "imitó las formas adoptadas por Le Sage"<sup>39</sup> y el segundo, "enemigo de las distinciones sociales, quiso retratar los furores, los deleites y penas de la misma pasión en jóvenes de nacimiento ordinario";<sup>40</sup> sin embargo, cuida de agregar que a pesar de la brillantez de su estilo —trasladado de los procedimientos de la oratoria— la novela "era por sí misma un absurdo, y no convenía con la forma epistolar escogida por el filósofo".<sup>41</sup> Heredia señala la necesidad de evadir en la novela la exposición de doctrinas de forma inmoderada, pues no resulta propio del género, ya que hay otras reglas que la especulación filosófica o ética.

Vuelve al tema de la mujer en la narrativa, y Heredia aporta el dato de ser la célebre Madame de Stäel quien primero utilizó el nombre de "novela" para su *Delfina*: "caracteres ficticios" los de la obra, "entusiasmo menos verdadero", "estilo menos perfecto" y "más equívoca moralidad", le señala el poeta cubano.<sup>42</sup> Después de varios ejemplos, reitera Heredia su simpatía por los preceptos de Richardson, a los que llama "reglas naturales", y le parecen "esenciales a este género de composiciones".<sup>43</sup>

Al hablar de Goethe, señala que su *Werther*, a pesar de su fama, "es un monólogo distribuido en cartas",<sup>44</sup> y aprueba el repudio de la novela por su autor en la vejez, pues "es demasiado fácil romper los vínculos sociales con el pretexto de ser superior al vulgo para que no haya peligro en sostener que un hombre puede librarse de todas las trabas, y arrojar de

<sup>38</sup> *Id.*

<sup>39</sup> Heredia, ed. cit., p. 86.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 87.

<sup>41</sup> *Id.*

<sup>42</sup> Heredia, ed. cit., p. 87-88.

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 88.

<sup>44</sup> *Id.*

sí la carga de la vida, más bien que participar en las penas de la existencia social con una muchedumbre pueril o corrompida".<sup>45</sup> Es realmente notable cómo en tan temprana fecha, Heredia señala los aspectos esenciales que después postularán como descubrimientos los teóricos de la llamada "novela social". Asombra también en el joven hispanoamericano —que nunca viajó a Europa— el grado tan alto de información sobre las novedades literarias y la certeza de sus juicios, cimentados sobre un agudo olfato y una rectitud crítica ejemplares.

A través de sus críticas, puede seguirse el rumbo de sus simpatías, relacionadas con la forma de concebir y realizar una novela. Así, el perfil novelístico de Heredia se brinda mediante sus juicios sobre otros autores y ofrecen la posibilidad de reconstruir su imagen ideal de una novela, la que hubiera escrito. En cuanto a *Jicotencal*, es imprescindible apreciar sus consideraciones sobre la novela de asunto histórico, pues aquella pertenece a ese tipo. Especial cuidado dedica Heredia a definir su relación con la novela histórica, de manera que ocupa la tercera y última parte de su ensayo esencial. Parte del hecho comprobado del atractivo que tiene lo pasado para la imaginación; todo lo que se remita a las etapas anteriores tiene un sabor y un efecto especial sobre el lector y a la vez distingue la labor del historiógrafo de la de aquellos que redactan memorias y biografías. Pero en cuanto a lo literario, puntualiza que:

El novelista histórico abandona al historiador todo lo útil, procura apoderarse de lo que agrada en los recuerdos de la historia, y desatendiendo las lecciones de lo pasado, sólo aspira a rodearse de su prestigio. Su objeto es pintar trajes, describir arneses, bosquejar fisonomías imaginarias, y prestar a héroes verdaderos ciertos movimientos, palabras y acciones cuya realidad no puede probarse. En vez de elevar la historia a sí, la abate para igualarla con la ficción, forzando a su musa verídica a dar testimonios engañosos. Género malo en sí mismo, género eminentemente falso, al que toda la flexibilidad del talento más variado sólo presta un atractivo frívolo, y del que no tardará en fastidiarse la moda, que hoy lo adopta y favorece.<sup>46</sup>

Heredia pide a la novela no sólo verosimilitud, sino además veracidad dentro de su misma ficcionalización, un sentido vital para la obra de arte; de ahí que le choque la "frivolidad" del género, que no se aplica a empresa humana alguna. Al defender que "el objeto de la novela es pintar en pormenor las costumbres privadas de los hombres", está implícita una definición social, que no desdeña necesariamente el argumento histórico, pero sí su intrascendencia al resucitar falsamente un pasado sin relación con

<sup>45</sup> Heredia, ed. cit., p. 88-89.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 89.

el presente. *Jicotencal* es en términos de obra concreta, la definición realizada por Heredia sobre la teoría del género.

A partir de estos conceptos preliminares, Heredia se reduce a la crítica de Walter Scott, al autor de novelas históricas más popular de su momento; le reconoce erudición, su conocimiento de las antigüedades, sus condiciones como prosista acertado y poeta elegante, con buena memoria y con talento para resucitar y recrear tiempos pasados en sus relatos; pero al mismo tiempo que estas virtudes, no duda en señalar agudamente sus defectos: el principal, su falta de filosofía, es decir, de mensaje vital para los lectores. El favor del público se debió —explica Heredia— a que “todos estaban fastidiados de novelas sentimentales y licenciosas, y creyeron respirar el aire puro y elástico de las montañas”;<sup>47</sup> es decir la “oportunidad” de las obras del escritor escocés como factor de su éxito.

Reproduzco sus juicios más demoledores:

Walter Scott no sabe inventar figuras, revestirlas de celestial belleza, ni comunicarles una vida sobrehumana; en una palabra, le falta la facultad de crear, que han poseído los grandes poetas. Escribió lo que le dictaban sus recuerdos (...). Como su talento consiste en resucitar a nuestra vista los pormenores de lo pasado, no quiso tomarse el trabajo de formar un plan, ni dar un héroe a sus obras; casi todas se reducen a pormenores expresados con felicidad. El gusto y la exactitud de los pintores holandeses se hallan en sus cuadros, y éstos sólo tienen dos defectos notables, llamarse históricos, y carecer de orden, regularidad y filosofía, de modo que en vez de presentar una composición perfecta, aparecen como una mezcolanza de objetos acumulados a la ventura, aunque copiados con admirable fidelidad.

Sus novelas son de nueva especie, y se ha creído definir las bien con llamarlas *históricas*; definición falsa, como casi todas las voces nuevas con que se quiere suplir la pobreza de las lenguas. La novela es una ficción, y toda ficción es mentira. ¿Llamaremos *mentiras históricas* las obras de Walter Scott? (...) Empero, pocos han usado con más habilidad y éxito los tesoros de una ciencia tan árida como la que producen los extractos de manuscritos carcomidos, y los descubrimientos de los anticuarios.

El movimiento, la gracia, la vida, que presta Walter Scott a las escenas de los tiempos pasados; la rudeza, y aun la inelegancia de sus narraciones, que parecen en perfecta armonía con las épocas bárbaras a que se refieren, la variedad de sus retratos singulares, que en su extrañeza misma tiene cierto aspecto de antigüedad salvaje, la rareza del conjunto y la exactitud minuciosa de los pormenores, han hecho populares las novelas que nos ocupan (...). Estas obras al transportar la imaginación lejos de la sociedad civilizada, tal cual hoy la conocemos, dieron el último golpe a la novela que Richardson había concebido...<sup>48</sup>

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 90.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 91-92.

Poeta civilista, heraldo de la libertad, iniciador del romanticismo en Hispanoamérica, Heredia además reflexionó agudamente, como ningún otro de su tiempo, sobre la novela. El resultado de sus reflexiones en este sentido, ofrece la imagen de la obra que según su criterio reunía las condiciones de una buena novela: no la copia pedestre del pasado, ni el intento vano de resucitar, para el recreo de las almas distraídas, un pasado pretendidamente glorioso, cuando había tantas tareas urgentes en su momento. Una novela que levantara el ánimo, que aportara conocimientos verosímiles —pero que nunca fuera la negación de la ficcionalidad— sobre sucesos de la vida de los hombres, sus problemas, sus siluetas reales, en vínculo estrecho con el acontecer, como lección de historia; él, tan preocupado siempre por los temas de este tipo, tradujo para fines educativos las *Lecciones de historia universal*, de William Tytler, en 1831. Además, basta revisar la pormenorizada lista de lecturas que le recomendó su padre, para percatarse que en su sólida formación clásica abundaban los historiadores: Floro, Cornelio Nepote, Julio César, Suetonio, Tito Livio y Tácito, en ediciones selectas.<sup>49</sup>

Heredia anticipa su estudio —poco conocido— sobre la novela histórica, al célebre estudio de Alejandro Manzoni: el del cubano es de 1832 y el del bardo italiano, de 1845. Ambos coinciden en resaltar que el poeta-narrador “no se propone por objeto la verdad, como el historiador, sino lo necesario y lo verosímil”.<sup>50</sup> Domingo del Monte, mentor literario de Heredia —quien lo consultaba frecuentemente sobre asuntos estéticos, confiado en su agudeza de juicio— señala que las tres cualidades imprescindibles para un autor de novelas históricas son: la de poeta, la de filósofo y la de anticuario.<sup>51</sup>

Creo que resultan abundantes las circunstancias relacionadas con *Jicotencal* —primera novela histórica e indigenista de América Latina— que indican algunos puntos esenciales: es una novela escrita por un latinoamericano, de filiación romántica en muy temprana fecha, antes de que el movimiento alcanzara su desarrollo en tiempos posteriores; la intención de la novela es edificante y proyectada no sólo a la visión del pasado, sino a la forma de asumir el presente. Las circunstancias de la estancia norteamericana de Heredia, su vínculo directo con el grupo de cubanos en Nueva York y a su vez los estrechos vínculos de éste con el impresor Staveland de Filadelfia, donde se imprime la novela; el interés de Heredia por la narrativa de carácter histórico; la presencia de elementos comunes en

<sup>49</sup> Vid. Chacón, art. cit., p. 148-149.

<sup>50</sup> Chacón, ed. cit., p. 160.

<sup>51</sup> Id.

la novela y en algunos poemas del cubano, escritos antes y después de 1826 y la noticia de un manuscrito teatral que no se encuentra con igual título, forman un conjunto de circunstancias peculiares que si no permiten quizá afirmar de manera absoluta a José María Heredia como el autor de *Jicotencal*, sí posibilitan que su nombre se sitúe en primerísimo lugar entre los candidatos a tan alto mérito, como el de ser el iniciador de la novela en nuestro continente. Como toda indagación, ésta sigue abierta, mientras se desarrolla la búsqueda de nuevas noticias. Creo que el asunto vale la pena.

Universidad Nacional Autónoma de México  
Instituto de Investigaciones Bibliográficas  
La reprografía de este material no implica la transmisión  
o el disfrute del derecho autorral de la obra